MEM0RIAS DE UN OCHENTÓN

LA PEÑA DE LA HERRADURA II

TEXTO: FELICIANO ANTONIO YEVES DESCALZO

Restituto Gómez Pérez

Le llamábamos Restituto «el Bola», pero a su familia la llamaban «los Chinches» y también los «Chicharras». Restituto y sus hermanos se quedaron huérfanos de padre y madre muy pronto. Su padre creo que era el encargado de la carretera de la Venta a la general de Caudete, es decir, «el peón de la carretera». Recuerdo ver de muy pequeño un albergue cerca del pueblo al lado de la carretera que le decíamos «La Barraca del Peón». Bueno, pues Restituto, que lógicamente también estuvo en la guerra y acabó prisionero y trabajando en un Batallón de Trabajadores del ejército nacional, sufrió la perdida de un hermano, Julio «el Bola» que murió, cerca de mí en Camarena de la Sierra, frente de Teruel.

Pero, a lo que vamos y nos ceñimos. Restituto, excelentísima persona, honrado y trabajador a carta cabal, era algo ingenuo y de menos travesuras que algunos de los componentes de la famosa «Peña». Ya hemos dicho que quería a la Esperanza, buena moza y buena chica, que después se casó con Gregorio López «Chasquitos»; y «nunca se creyó ni se dejó de creer» lo que entre todos urdíamos para convencerle del sí o del no (y no sé si todavía vive mi amigo en Barcelona -creo que sí-) con la Teodora, hija del tío Paco Chacón.

Pero por aquel entonces, Restituto, que siempre estaba dispuesto a colaborar en todo, después de pegarse la paliza para ganar un jornal a base de picar piedra o de hacer hoyos para viña, acudía al reclamo de la amistad y la alegría de la «Herradura». Y siempre nos acompañó mientras la Peña existió. Era hermano de Prudencio y Eugenio «los Chinches» y de la Isabel, la Juliana, la Visita y del compañero del que suscribe, Julio, muerto en combate.

Restituto Gómez Pérez

Lucio Moya García

Hijo del tío Rigoberto «Rigores», el barbero, hermano de Paco -barbero y cartero de nuestro pueblo-, y de varias hermanas más, el amigo Lucio adquirió para siempre el apodo de «Picolín» porque como era costumbre, los jugadores de futbol de entonces querían emular o parecerse a algún jugador de fama. Y Picolín era un buen futbolista del Valencia C.F. Así que, aunque de profesión barbero, y luego «correo o cartero» por algún tiempo, terminó por ser alguacil del Ayuntamiento, y en esa profesión o jubilado murió hace pocos años. Lucio estaba casado con la Adela, prima segunda mía, hija de mi tía Carmen la de Gumersindo – la Carmen de «Gumesildo» le decían– y del tío Lucio Moya.

Volviendo a Picolín, tendré que decir algunas cosas que juntos corrimos o hicimos. Por ejemplo, ir al baile de Jaraguas, donde Lucio se hizo amiguete de la Irene, hermana de la Lumi (Iluminada) y cuya Irene le dolía cantar un cantarcillo poco escrupuloso, como: ¡Síguete meneando, querida Irene,…!» y… lo demás, al mismo tiempo que Gori Pedrón parecía hacerle guiños, con reciprocidad, a la hermana ya dicha, la Lumi, quienes serán objeto de otro comentario cuando hable de Gori. Y es que también, cierta Nochebuena nos personamos Picolín y yo, y alguno más – que no recuerdo– en Jaraguas, para ver si nos convidaban las muchachas a la zahora, o cena, que estaban preparando en una casa–horno de pan cocer. En resumen, que Picolín y yo, viendo que no nos querían abrir, lo solucionamos encaramándonos a la chimenea; pero no contamos con lo peor; y es que la chimenea tenía en su mitad unos barrotes de hierro, y llegó el caso de que ni podíamos entrar ni salir,

pues, además, las muchachas, con los ganchos de entrar la ramaliza en el horno, nos pinchaban y empujaban hacia arriba. Menos mal que, encaramado uno sobre el otro, pudimos salir del trance, ahumados y negros como un cerote.

Pero otra noche se nos ocurrió hacer de «pantasma» en las Casas de Pradas. Y nos hicimos con dos silbatos que producían un sonido estremecedor. Y allá pasadas las doce de la noche, llegamos a la aldea, con una sábana encima y los pitos en marcha. Pareció ser que la gente estaba cansada y dormía a pierna suelta. Allí nadie nos hizo caso, ni de los pitos ni de la sábana. Así que ya no quisimos repetir la experiencia.

Para terminar con las aventurillas con Picolín, resulta que un día, pasando por la puerta de su casa –ya casado con la Adela– tenían ambos una camorra matrimonial de campeonato, aunque estoy convencido que no pasó a mayores, pero me enteré de casi todo, pues las voces eran casi públicas. Era entonces cartero Picolín, y hablaban de «perras». Aquella noche –pues todas las noches salíamos después de cenar al Café Cervera –les propuse a Vicente «el Abuelo» y a Lucio «Picolín» que les «echaría las cartas» y adivinarles el porvenir, porque yo había estudiado muy bien las estrellas y el arte adivinatorio, casi nunca me equivocada. (Hay que decir que ya tenía yo alertado a Vicente el «Abuelo» sobre el caso). Y ante el asombro de ambos (el de Vicente, fingido) cogí la baraja y empecé a despotricar y a explicar la vida y milagros últimos de ambos. Vicente, que por entonces ya era el sereno del pueblo, y aún solterón, se quedó sobrecogido (ya he dicho que estaba «en el ajo») cuando le dije, desde la a hasta la z, su vida privada y sus devaneos con su futura mujer, la Rosa. Pero aún más sorprendido quedó Picolín cuando astutamente le hablaba de que «había salido una sota en la baraja» y que aquello auguraba desavenencias, líos y cuestiones no muy limpias, con su mujer, y como se lo dije «con pelos y señales», el pobre Picolín se puso a sudar, y Vicente se puso a reír… hasta que ya por último descubrí el pastel y todo quedó como una broma.

Antonio Haba Pérez

Su padre era el tío Tomás y su madre la tía Herminia, y su mote, como el de su padre y su abuelo y su tío, «Mata». Su abuelo fue el famoso sereno Francisco Haba «Mata», el vigilante nocturno mejor que ha tenido el pueblo. Sus tíos Desiderio y Cecilia, hermanos de su padre, eran disminuidos.

Antonio, que fue en todo momento una excelente persona, tuvo también que atender, soportar, y algunas veces amonestar a su hermano Juan José «el Cojo», zapatero remendón y dicharachero.

En algunas ocasiones, la Peña de la Herradura, se llevaba al Cojo y a su tío Desiderio, a alguna excursioncilla o comilona campestre para que disfrutaran algo. El caso es que Antonio fue un gran amigo y compañero de todos, y se las daba de educado y listillo, lo que no era mentira. En alguna ocasión participó en zambras, peleas o discusiones con los que querían boicotear nuestra «Peña». Recuerdo

Lucio Moya García

perfectamente un viaje que hicimos a comer a Gil Marzo, con la camioneta de Cervera, en donde Antonio cogió un pozal de agua del pozo y se lo tiró de lleno a la cara del guarda de campo de Jaraguas el tío Sinforino Giménez, y allí se pudo armar buena pelarza. Menos mal que convencimos al pobre guarda de que aquello había sido sin querer o medio en broma, y convidándolo a comer con nosotros, allí acabó todo.

Se casó, se fue a vivir a Barcelona, tuvo y tiene hijos, pues que yo sepa, Antonio sigue vivo, y ojalá por muchos años más, aunque ya a estas alturas cuenta al menos 82. Su mujer, siempre risueña y siempre alegre hija del tío Regino y hermana de Jesús Pérez Haba, que siempre vivió en la calle del Aire, me recuerda su desbordante alegría cuando contamos las cosas del pueblo.

Fue Antonio siempre, gran amigo. Su palabra preferida para decir que alguien decía tonterías era «sandeces». Una palabra culta, de las que, a veces, solía pronunciar, como queriendo desdecir las deficiencias de su hermano y de sus tíos. Por cierto, que toda su familia, siempre tuvo a Antonio «Mata» como su más selecto (o casi único) representante. Siempre fue justo, caritativo y quizás demasiado serio para seguir toda la jocosa y desbordante turbulencia de la famosa y recordada «Peña de la Herradura». Y para que no se me olvide, también diré, ahora que viene al caso, que teníamos nuestro papel timbrado y con el escudo de una herradura bien claveteada, del cuál no ha quedado rastro, ni de papel ni de cuño o sello de caucho, que también lo teníamos.

Gregorio Pedrón García

Gori Pedrón, que así le llamábamos siempre, tiene ahora unos 82 años. Y lo que son las cosas; siendo el más amigo que tuve (ya desde mucho antes de fundar su hermano Manuel con nosotros la Peña de la Herradura) tuvo pocas vivencias dentro del grupo, pues a poco de organizarse, se echó novia en las Casas del Rey, con tanta formalidad, que aquello le sustrajo del contracto anterior.

Y como resulta que siempre fue mi amigo, antes y durante lo de la famosa Peña, tengo que contar algo de Gori. No hay más remedio.

Ya antes de la guerra éramos amigos. Y mi compañero de giras por las aldeas, junto al desafortunado Adrián Defez, amigo del alma, que murió en Extremadura un mes antes de terminar la guerra.

Y recuerdo muchas cosas de Gori y de Adrián. Precisamente el 18 de julio de 1936, el día fatídico del comienzo de la guerra, nos pilló pescando cangrejos en el Boquerón.

Pero ya volviendo a vivencias posteriores, recuerdo cosas de Gori, en varias ocasiones y de varias chispeantes aventuras.

Un día nos fuimos al baile de Jaraguas. Y fuimos sobre un caballo que tenían los Pedrón, y que sufría de una especia de esparaván, pero aquel día nos metió dentro de la misma pista de baile, que era la posada de abajo, y allí pudo suceder algo, y que no sucedió porque lo tomaron los jaragüeños a broma y a risa.

En la famosa ida a Jaraguas a Nochebuena, cuando he hablado de mi amigo Picolín, también estaba allí Gori presente; lo que pasó es que él no subió a la chimenea, pero fue testigo del suceso.

Se echó novia en Jaraguas, la Lumi, o Iluminada, hermana de la siempre famosa y cantada Irene. Y una noche, en que nos pilló ya a cubierto en Jaraguas un temporal de lluvia, hubo que ver los trabajos de Gori para llevar a la novia y a la suegra (que no quería) al baile. Pero como la Lumi sí que quería, agarró Gori una manta que por allí había, y envolviendo en ella a la futura suegra, se la cargó al hombro para que no pisara charcos, y llegaron los tres tan campantes al salón. Aquello fue sonado y comentado con jolgorio.

Pero donde peor se vio Gori en el asunto bailable (y es que hacía algunas veces ringorrangos de pierna y pies en ciertos tangos y fostrotes) fue en Pedriches, bailando con la Remedios la Mielera, la que después fue mujer de su primo Lorenzo «Carrasquilla».

Aquella noche hicimos el baile en Pedriches, con Emilio el Sergio como acordeonista (nos costó llevar a pie el instrumento cargándolo por turno entre los mozos) precisamente en casa del tío Simón que tenía una especie de cocina-comedor de piso de traspón (traspol) de yeso, pero que por su parte central tenía una especie de hoyo o concavidad no muy pronunciada, pero bien visible.

Gregorio Pedrón García

Y allí fue de ver a Gori bailando un tango con la Reme, con tanto detalle y jerigonzas, que, sin darse cuenta, vino Gori a caer en lo cóncavo del piso, y de tal manera cayó Gori, que la Reme cayó también (no es que cayeran al suelo en vuelco) de pie, pero encima y justamente sobre los pies de Gori. Y allí fue la risión viendo los esfuerzos de la pareja por salir del atolladero bailable: uno empujando hacia arriba y la otra sosteniéndose a duras penas cargando su cuerpo de mocetona sobre Gori, que ya empezaba a sudar.

Medio en serio, medio en broma hubo que sacarlos de allí, siguiéndose la natural y general carcajada. Hasta Emilio el Sergio, que paró de tocar, se rio también; cosa muy rara en él, que se tomaba el oficio con mucha seriedad.

La última hazaña de Gori con la Peña de la Herradura, fue la confección de una enorme ensalada con lebrillo morcillero, para los ocho o diez comensales que aquella noche acudimos al reclamo, y en la había dos litros de aceite, un litro de vinagre, dos grumos (repollos) de aquellos blancos y escarchados que parecían esportillas, cuatro lechugas y un par de kilos de aceitunas. Pero lo más chocante de Gori, en aquel caso, fue que amasó y removió o mezcló la ensalada con los pies; eso sí, desnudos de alpargata y calcetín; pero no sé si los llevaría muy limpios que digamos.